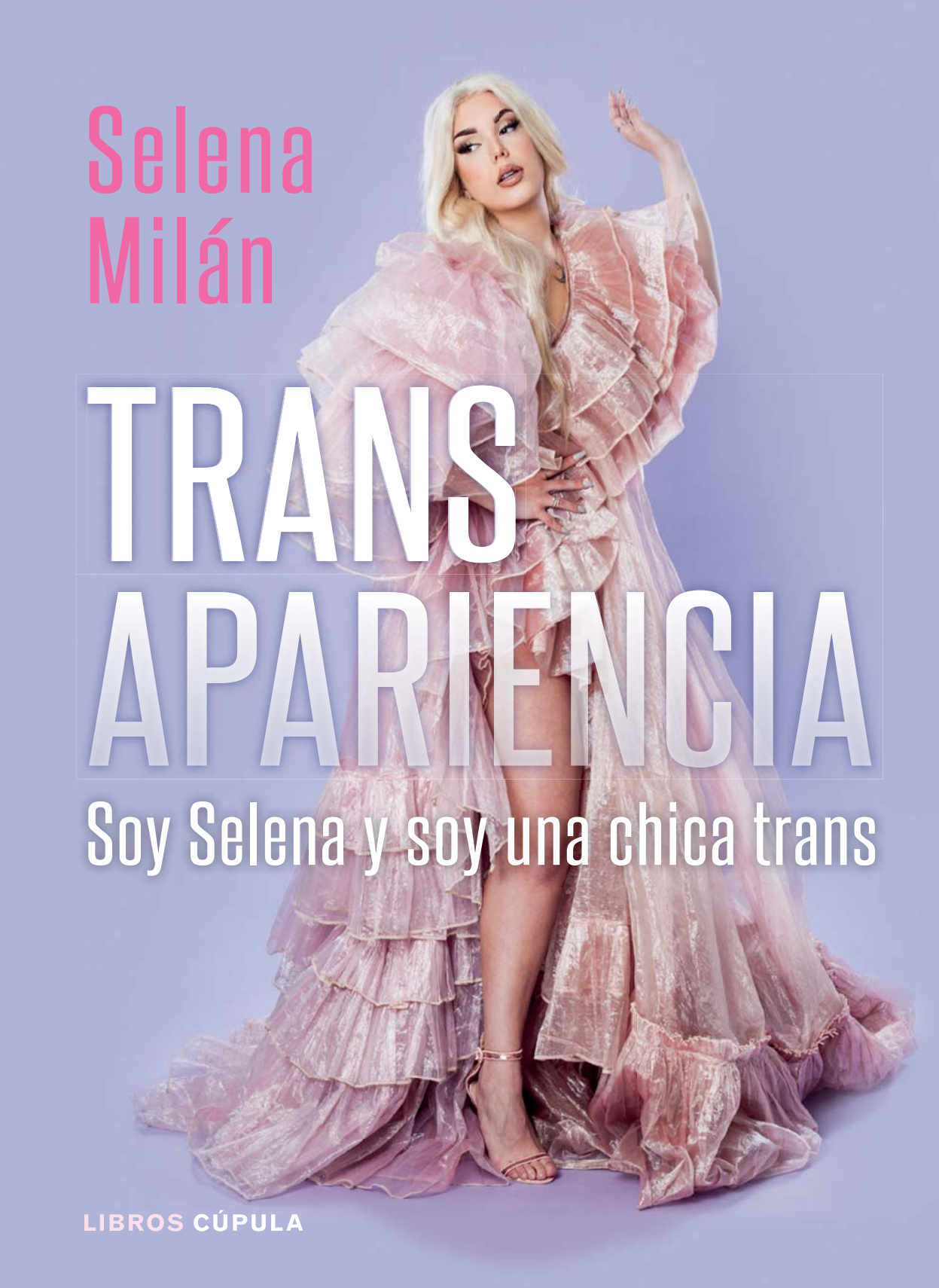


A full-body photograph of Selena Milán, a trans woman, posing in a voluminous, multi-layered pink ruffled dress. She has long blonde hair and is looking towards the camera with a slight smile. Her right hand is raised near her head, and her left hand rests on her hip. She is wearing gold-colored high-heeled sandals. The background is a solid light purple color.

Selena
Milán

TRANS APARIENCIA

Soy Selena y soy una chica trans

LIBROS CÚPULA

Selena
Milán

TRANS APARIENCIA

Soy Selena y soy una chica trans

LIBROS CÚPULA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Selena Milán, 2021

© Fotografías de cubierta: Nines Mínguez

© Fotografías del cuadernillo: archivo de la autora

Edición y revisión del glosario por Rosa María García (twitter.com/_erosgarcia)

Primera edición: septiembre de 2021

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Con la colaboración de la Asociación Transexualia

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-2862-6

D. L.: B. 7.184-2021

Impresión: Liberdúplex

Impreso en España – *Printed in Spain*

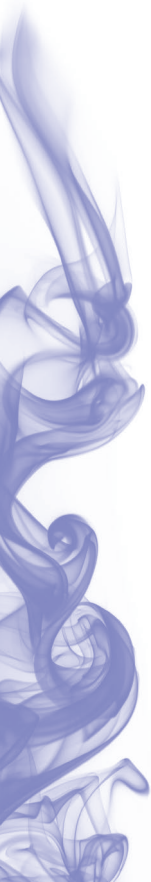
El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

The image features a solid blue background. In the center, there is a large, white, sans-serif number '1'. Surrounding the number and filling the lower half of the image are intricate, symmetrical patterns that resemble smoke or smoke-like structures. These patterns are rendered in various shades of blue, from light to dark, creating a sense of depth and movement. The patterns are mirrored across a vertical axis, giving the image a balanced, almost kaleidoscopic appearance. The overall effect is one of dynamic yet harmonious complexity.

1

The background is a solid medium blue color. It is decorated with abstract, swirling, smoke-like patterns in a darker shade of blue. These patterns are located in the top-left, top-right, and bottom-right corners, leaving the center area clear for the text.

**Siempre
fui una
chica**



Cuando era pequeña, mi respuesta a la típica pregunta «Si pudieras tener un superpoder, ¿cuál elegirías?» era siempre la misma: ser invisible. En aquel momento, claro, no sabía todo lo que me ocurriría después. Resumiendo mucho, pasé de ser el niño tímido de la clase a lo que yo siempre había admirado: una mujer de pies a cabeza. Pero antes de contarte mi historia, deja que me presente.

Mi nombre es Selena, tengo veinte años y nací en Gran Canaria un 8 de febrero; soy Acuario, este dato no podía faltar, ¡lo siento! Me gustaría que leyeras el relato de mi vida, que por muy corta que sea, ha estado llena de «dramas y comedias», como diría Alaska. Crecí también en Gran Canaria, en la localidad de Carrizal. Es un lugar muy pequeñito, lo que significa que siempre estuve rodeada de la misma gente y hacía las mismas cosas. Aun así, era un sitio en el que me sentía a gusto, y además tenía la playa cerca. La mayoría de los recuerdos de mi infancia son de la casa familiar de mi abuela, un edificio de tres pisos en el que he pasado gran parte de mi vida.

Cuando nací, el médico me identificó como un niño. Todos nos equivocamos, no se lo tengo en cuenta, pero por su error

pasé como chico a ojos de la sociedad catorce años de mi existencia. Supongo que nacer con pene es lo que tiene... Por eso hoy te quiero contar la historia de cómo supe que el médico se había equivocado, porque yo de niño tenía más bien poco.

Era, soy y seré una chica, una mujer: ¡yo misma!

Pese a todo, yo era una niña bastante normal, y eso mi madre lo agradeció (si te soy sincera, envidio a la gente que atesora historias de su infancia superlocas y divertidas, historias que me hubiera encantado vivir y contar aquí). Ahora no lo parece, pero créeme si te digo que yo de pequeña era lo más parecido a una ameba. Hablaba para pedir comida y poco más. Mi mayor pasión era sentarme en la cama a jugar con una colección de platos y vasos de pícnic de mi madre, mientras veía alguna película de Disney de las que tanto me gustaban. El hecho de que *La Sirenita* haya sido mi película favorita no influyó para nada en que yo también quisiera ser una chica con cola, lo juro. Es broma, en realidad, la cola era lo que me quería quitar.

A medida que crecía, descubrí lo divertido que me resultaba maquillarme y ponerme mona; un juego que hacía inconscientemente, porque me nacía. Además, mi madre me daba vía libre para usar sus tacones y su ropa. Con unas cuantas prendas suyas, yo me hacía una melena gigante. ¡Que me gusta a mí un buen melenón desde siempre!

Como les ocurre a muchas niñas, mi mayor inspiración era mi madre, que es tan coqueta o incluso más que yo. Aunque cuando aparecía alguna chica espectacular en la tele, recuerdo que no le quitaba ojo; si la veía por la calle, la miraba como si fuera una diosa.

He tenido la suerte de que en casa siempre he podido expresar mi identidad de género de manera natural y sin ser juzgada. Eso me permitió sacar cada día un poquito más la niña que llevaba dentro e hizo que me despojara del falso papel que la sociedad me hacía interpretar.

Pero el problema no era lo que yo sentía, eso lo tengo claro desde bien pequeñita. El problema era de los demás, que ¡incluso se confundían para acertar cuando se dirigían a mí! Me explico. Si mi madre me llevaba en el carro, todo el mundo le decía: «Qué niña más linda tienes». Está claro que yo había nacido para ser lo que soy, y el universo no paraba de darle

señales a mi madre. Pero esas señales se hicieron más borrosas a medida que yo fui creciendo.

Cuando la sociedad cuestiona constantemente quién eres y qué debes hacer, teniendo solo en cuenta tu sexo asignado al nacer, comienzas a replanteártelo todo.

Yo no sabía cómo llamar a lo que me estaba pasando y era demasiado pequeña como para fingir; simplemente me limitaba a ser yo. Si en el colegio me preguntaban qué quería para Navidad, mi respuesta siempre era la misma: «Una muñeca Bratz», y me miraban mal por ello. Pero, amiga, no es culpa mía haber tenido buen gusto desde siempre. Menos mal que Papá Noel también tiene buen gusto y me traía las Bratz.

Y ya que estamos hablando del colegio, ¿por qué no entramos de lleno en el tema? Si algo tengo claro es que mi etapa escolar ha sido la parte más difícil de mi vida. Por entonces, comenzaba a conocerme a mí misma, pero era un entorno hostil, que me forzaba a compararme con el resto del alumnado todo el tiempo. Hay que reconocerlo: te presentan los estereotipos y lo *normal* es que los imites. Si no lo haces, te conviertes en el centro de atención y como respuesta a tu comportamiento recibes insultos y *bullying*.

A mis ocho añitos, mis maneras ya se consideraban *femeninas*. Caminaba con gracia y mis expresiones eran las de

una chica. Y no las de cualquier chica, sino las de una bien chulita. Mis modos resultaban escandalosos para la gente. Constantemente era rechazada por los niños del colegio, que me decían barbaridades. Igual si nos educaran desde muy temprano en la diversidad, estas cosas no pasarían.

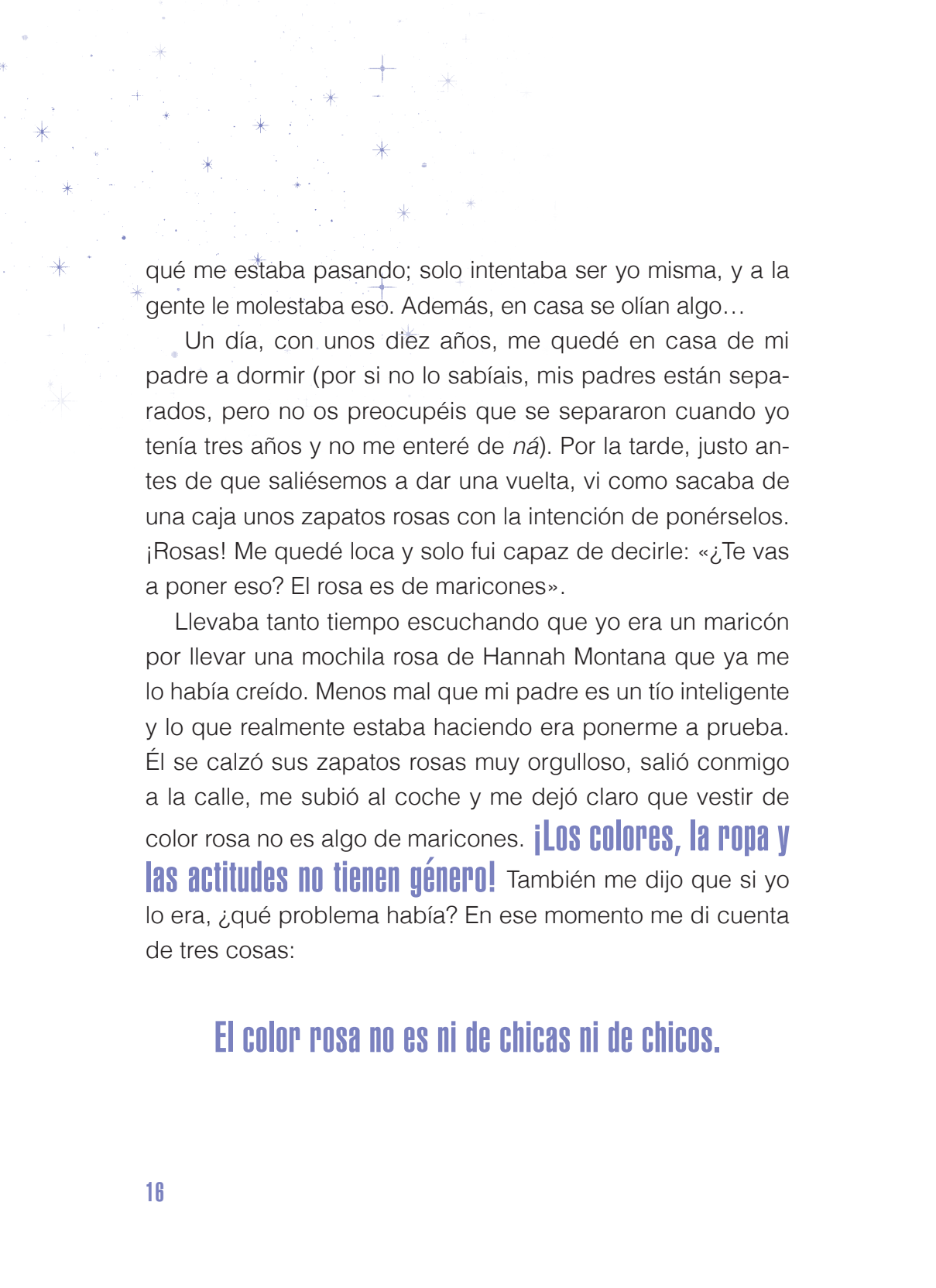
Poco a poco empecé a dejarme largo el pelo y las uñas, e incluso pedí que me regalaran una mochila de Hannah Montana de purpurina rosa. Ahora ya no solo «hablaba como un maricón», también llevaba cosas de chicas. Si a esto le sumamos que solo tenía amigas, el resultado es el combo completo: el niño de las gafas y la mochila de Hannah Montana es maricón.

La palabra «maricón» me persiguió durante muchos años en el colegio, y que me lo llamasen llegó a hacerme bastante daño. Aunque al principio me sudaba el coño, no soy de hierro. Cuando ya había escuchado esa palabra aproximadamente un millón de veces, empecé a cansarme un poquito del tema. Menos mal que tenía amigas que me apoyaban. Pobrecita de mí... Si la Selena de ocho años hubiera sabido que con veinte aún seguiría siendo un maricón —y a mucha honra—, no le hubiese afectado nada de todo aquello. Por entonces me faltaba mucho que aprender, me sentía vulnerable y necesitaba apoyo.

Amiga, he de decirte que con el tiempo he aprendido a hacer de los insultos mi fortaleza. Ahora, para mí, ser maricón es sinónimo de fuerza, de diferencia, de luz propia.

Ese apoyo al que me refiero me ayudó mucho para olvidarme por momentos de los *bullies* en el colegio. Y no, no me refiero al profesorado, que nunca hizo nada por detener el acoso que yo sufría. Las niñas fueron mis verdaderas salvadoras, como siempre ha sido y será. **En aquellos días, yo intuía ya algo que hoy es uno de mis lemas: las mujeres tenemos que ayudarnos entre nosotras.** Justamente eso es lo que hacían ellas conmigo. Adoraba compartir tiempo con las chicas. Siempre estaba atenta a lo que tenían que contarme, las peinaba, jugábamos juntas a saltar a la comba, les enseñaba mis Bratz y ellas a mí las suyas. Me hacían sentir tan cómoda que por momentos no notaba diferencia alguna entre ellas y yo..., hasta que me recordaban que era un maricón.

Al principio el tema de los insultos lo llevaba bien, hasta que comencé a interiorizarlos y a creérmelos uno por uno. Así, la energía y la luz propias de mi edad se fueron apagando poquito a poco. **Me convertí en una persona muy seria, el amor propio no existía para mí, me veía mal y fea.** Yo era consciente de que algo no marchaba bien, pero no sabía el qué. Tampoco tenía la edad suficiente como para entender



qué me estaba pasando; solo intentaba ser yo misma, y a la gente le molestaba eso. Además, en casa se olían algo...

Un día, con unos diez años, me quedé en casa de mi padre a dormir (por si no lo sabíais, mis padres están separados, pero no os preocupéis que se separaron cuando yo tenía tres años y no me enteré de *ná*). Por la tarde, justo antes de que saliésemos a dar una vuelta, vi como sacaba de una caja unos zapatos rosas con la intención de ponérselos. ¡Rosas! Me quedé loca y solo fui capaz de decirle: «¿Te vas a poner eso? El rosa es de maricones».

Llevaba tanto tiempo escuchando que yo era un maricón por llevar una mochila rosa de Hannah Montana que ya me lo había creído. Menos mal que mi padre es un tío inteligente y lo que realmente estaba haciendo era ponerme a prueba. Él se calzó sus zapatos rosas muy orgulloso, salió conmigo a la calle, me subió al coche y me dejó claro que vestir de color rosa no es algo de maricones. **¡Los colores, la ropa y las actitudes no tienen género!** También me dijo que si yo lo era, ¿qué problema había? En ese momento me di cuenta de tres cosas:

El color rosa no es ni de chicas ni de chicos.

Ser gay no es nada malo.

**Mi padre es más listo de lo que yo creía
y tengo que andar con cuidado con él.**

En casa siempre fui yo misma. Recuerdo que jugaba con mis primas y hacíamos «alas de hada» con los fulares que le robábamos a nuestra abuela. La pobre acabó tan harta de nosotras que no le quedó otra que regalárnoslos. Yo deseaba con toda mi alma que llegase el momento de ponerme mis alas y volar; cerrar los ojos y correr de un lado a otro del pasillo con mis primas era lo que me hacía más feliz. Una de ellas se apuntó a gimnasia rítmica y yo hice lo mismo. ¡Yo también tenía que conseguir abrirme de piernas! Tanto empeño le puse al asunto que, entre los consejos de mi prima Laura y mi esfuerzo, en una semana ya estaba haciendo el *spagat*. También recuerdo que obligué a mi madre a confeccionarme una cinta como las que utilizaba mi prima para practicar juntas figuras y bailes. ¡Vaya fantasía!

Como ves, mi familia ha sido un gran apoyo para mí, y que se lo tomaran todo tan bien, incluso antes de salir del armario, me ha dado mucha fuerza. Siempre ha aceptado lo que me hace feliz. Mi madrina Yeya, que ha estado pendiente

de mí y me ha cuidado mucho en todo momento, a menudo me recuerda que cuando yo iba a su casa, ella y mi prima Desirée me ponían sus vestidos. ¡A mí me encantaba! En una ocasión, a mi madrina le dio por pintarme un bigote y... ¿adivináis qué fue lo primero que hice al mirarme al espejo? Llorar, llorar y llorar... Quién le iba a decir a ella que esa sería la única vez en su vida que me vería con bigote.

Siempre fui una chica. En mi subconsciente lo era y cada día lo exteriorizaba más y más, pero no lograba poner nombre a lo que estaba pasándome. A veces, solo es cuestión de esperar un poco para que todo encaje... Entonces se hizo la luz, literalmente. Instalaron Internet en casa. Bendita sea la era de la información y bendito sea Internet. Tener acceso a todo tipo de información me hacía mucha ilusión. Aunque por entonces yo solo pensaba en jugar a juegos de muñequitas, en la red encontré mucho más que eso.

Casi por casualidad di con una palabra que definía lo que me estaba pasando: transexualidad. Sin pensármelo dos veces, me puse a buscar más información como una loca. La posibilidad de ser una chica se hizo real. ¿De verdad podría serlo? Fue en ese momento cuando descubrí a Kim Petras, una cantante transexual y, además, adolescente. Rubia, guapísima, una *chica diez*. Cuando yo la veía, deseaba con

todas mis fuerzas parecerme a ella, aunque solo fuera un poquito. Para que esto sucediera, tenía que ponerme manos a la obra, porque nadie iba a regalarme nada. Y ahí comenzó todo para mí: descubrí quién era yo, y por el camino aprendí muchas cosas que me encantaría compartir contigo.

Empecemos por el principio. Transexual. ¿Qué es eso?

Persona cuyo género no coincide con el asignado al nacer y se somete (o no) a una cirugía o a un tratamiento hormonal para adquirir la apariencia física de las personas del sexo con el que se identifica. Esa fue, más o menos, la definición que encontré casualmente en Google y que me ayudó a saber lo que me estaba pasando. Pero decidí investigar más, aprender, saber... Fue tanta la información que conseguí que me hice un verdadero curso intensivo del tema.

Además, me puse como una loca a ver vídeos de chicas trans en YouTube. No encontré muchos, la verdad, y la mayoría eran en inglés. El idioma no me resultaba un problema. Desde pequeña había estudiado esa lengua para contactar con famosas como Selena Gómez y Demi Lovato. Buscaba sus correos y números de teléfono en Google y desde una cabina las llamaba con la esperanza de que alguna de ellas

me contestara. Bueno, amiga, esta es una aventura que da como para otro libro... A lo que iba, yo veía vídeos de chicas guapísimas, que contaban su experiencia en el proceso de hormonación. Ellas lo explicaban todo con tanta naturalidad que hacían que sus vivencias pareciesen lo más normal del mundo.

Como contrapunto, yo recibía un mensaje muy diferente de parte de la sociedad: las chicas trans son monstruos, bichos raros, algo sobrenatural ...

No sabía qué pensar. Así que decidí callarme. Me dije a mí misma que todo eso eran *temas de mayores*, que hasta que no tuviese dieciocho años y viviera fuera de casa no podría convertirme en una chica. Mientras, me limitaría a seguir con mi vida, siendo yo misma, aunque no del todo. En cualquier caso, por entonces yo ya sabía que algún día conseguiría mostrarme tal como yo era realmente.

El tiempo fue pasando y en mi cabeza rondaban siempre esa idea y mil preguntas aún sin respuesta. ¿Tenía que decírselo a mis padres? ¿Y si no lo aceptaban? ¿Podría vestirme «como una chica» aunque no me hormonara? ¿Qué pasaría con mi DNI? ¿Por qué me trataban como a un chico, cuando no me sentía como tal?

Me encontraba en un mar de dudas y me estaba ahogando en él. Quizá la mayoría de esas dudas eran causadas por

mi edad. Por entonces, yo solo tenía diez añitos y no sabía si podía hacer mi cambio siendo tan pequeña. De repente, el mundo se volvió muy extraño para mí, me sentía muy decaída y no le encontraba sentido a nada.

Ahora me doy cuenta de que no hay una edad perfecta para comenzar la transición.

Además, pienso que la decisión de hacerla no es *cosa de mayores*, pero tampoco de menores. La transición es un proceso muy personal y se vive de manera íntima. Cada cual tiene su momento para iniciarla. Si bajo tu punto de vista has tardado en tomar la decisión de comenzarla, no pienses que has perdido el tiempo. Desde este mismo instante puedes darte permiso para vivir como quieras, vibrar y brillar con todos tus colores, que es lo mejor para el alma. Si alguien me hubiese dicho esto en su momento, hubiera actuado de otro modo y no hubiese esperado a tomar decisiones sobre mi transición, no me hubiera callado.

Hay muchísimos niños y niñas que inician su transición a una edad muy temprana. Por mucho que se haya querido ocultar, la infancia trans existe.

Conozco a niños y a niñas de cinco años que, desde esa edad, ya comienzan a vivir conforme a lo que sienten. Por supuesto, para que esto suceda, sus padres les han educado en valores como la diversidad y la libertad, y les han dado toda la información

que necesitan. Esto es algo muy importante, solo así puedes convertirte en una persona capaz de tomar decisiones.

Si no has tenido esta ayuda en tu infancia, tal vez sientas que vives como en una cárcel. Por suerte para ti, estás leyendo este libro, con el que aprenderás un montón de cosas que te ayudarán a no sentirte así. Por suerte para mí, conocí a gente maravillosa que me explicó qué me estaba pasando. Con todo, aún faltaba lo más importante: mi familia debía saberlo y acompañarme en ese camino.

Antes de que esto ocurriera, llegué al límite. **La confusión que me generaba vivir una vida que no era la mía, sabiendo que mi realidad era otra, fue apoderándose de mí.** Mi

madre siempre me recuerda que cuando yo era pequeña, cada vez que ahorrraba un poquito de dinero, iba a las tiendas a comprarle ropa bonita y bisutería. Ahora me doy cuenta de que intentaba darle a ella todo lo que a mí me hubiese gustado tener y disfrutar en ese momento. No te niego que, al llegar a casa, me ponía las cosas que le había comprado a ella; aun así, eso no era suficiente para sentirme bien.

La pena de no poder ser yo misma se hizo muy presente en mi vida. No tenía ganas de ir al cole ni de dibujar. Todos mis pasatiempos dejaron de importarme y simplemente me limitaba a existir. Solo pensaba en que pasaran los días y ser la chi-

ca que siempre había deseado. Antes de que eso ocurriera, un pequeño *inconveniente* se cruzó en mi camino: mi madre.

Se dice que las madres lo saben TODO. Doy fe de ello, amiga. Por eso siempre digo que yo no salí del armario, porque, para empezar, nunca estuve en un armario. Mis padres sabían que yo era una reinona desde bien pequeña. Eso no quita que me costara un imperio expresar abiertamente que era una chica trans: la imagen que se tenía de las personas trans en esa época era bastante mala. Yo no quería que mi madre pensara que iba a convertirme en una prostituta...

Por desgracia, y como dijo La Veneno en su momento, la única salida que teníamos las chicas trans por entonces era la prostitución.

Siempre fui una niña supercariñosa con toda mi familia, pero reprimir mi verdadero yo hizo que desarrollara una furia y una agresividad impropias de mí. El modo en que trataba a mi madre era una consecuencia de mi autorrepresión. Andaba enfadada con el mundo porque no me dejaban vivir mi vida de la manera que yo quería. Me daba mucha rabia pensar que vivir una vida plena y feliz tuviese que depender del juicio de otras personas. ¿Por qué me pasaba todo eso?

Pero una noche las cosas cambiaron. Mi madre y yo charlábamos en la terraza y, como cada día, ella intentó sonsacarme

qué era lo que me estaba sucediendo. Yo hacía semanas y semanas que contestaba a su pregunta con un «No me pasa nada». En ningún caso me esperaba que ella fuese a decir en alto las palabras mágicas:

«¿Tú quieres ser una chica?».

No podía creer que mi madre hubiese verbalizado lo que yo pensaba. Obviamente, sabéis mi respuesta: un sí rotundo. Vaya peso que me quité de encima con esa pregunta...

En ese momento, las dos nos echamos a llorar. Me emocionaba y consolaba saber que ya tenía a alguien con quien hablar de lo que me estaba pasando. Nos fuimos a mi cuarto a charlar de todo lo que yo sentía y le expliqué que simplemente quería ser una niña, que me trataran como tal, y seguir mi vida. Entonces mi madre llamó a mi padre, que salió del trabajo corriendo para venir a casa.

La verdad es que me siento afortunada y agradecida de que ambos me apoyaran desde el primer momento, me explicaran que era normal lo que me sucedía y me prometieran que lucharíamos juntos para que yo fuese como a mí me diera la gana. Esa noche me fui a dormir con un sabor agri dulce en la boca. Por un lado, yo había sido valiente y les había hablado

de mi condición; por otro, tenía miedo, miedo de no reunir la fuerza suficiente como para afrontar mi cambio de sexo.

Antes de dormir le pedí a mi madre que fuera ella quien se lo contara a mi familia, porque a mí me daba vergüenza decírselo. Mi madre hizo muy bien mi encargo y los siguientes días toda mi familia se presentó, poco a poco, a comerme a besos y darme su apoyo.

Ese momento fue superbonito y me sentí como Marilyn Monroe.

Yo no había dudado de que fuesen a aceptar mi tránsito y que me apoyaran para llevarlo a cabo. Nunca recibí un mal gesto por parte de ninguno de ellos, aunque el miedo a que esto sucediera estaba siempre presente. Lo cierto es que, entre abrazos y cariños, ese miedo se fue haciendo cada vez más pequeñito, pero no por mucho tiempo...

Ni mis padres ni nadie de mi familia, incluida yo, sabíamos qué hacer para comenzar con mi proceso de transición. Todos estábamos muy perdidos. Mi padre decidió contactar con una asociación LGTBI y concertar una cita informativa. Para mí este era el primer paso de un largo camino, al final del cual yo tenía la esperanza de convertirme en la mujer que era.

Mi corazón estallaba de felicidad, andaba como loca por iniciar los trámites, que todo se diera ya. **En ese estado de alegría, lo primero que hice cuando llegué al colegio fue contárselo a mis amigas, las más cercanas, porque tampoco quería que la gente me hiciese daño.** En mi mente, todo lo que me estaba sucediendo y lo que me sucedería no era nada malo, nada extraño. Aun así, sabía que la gente, a veces, era mala y no quería que nadie se burlara de mí, por eso se lo dije a mis amigas más íntimas. De nada sirvió que cuidara tanto a quien se lo contaba.

Al tercer día de que ellas lo supieran, ya se rumoreaba por toda la escuela que yo me quería convertir en una chica, como si fuese un robot, un bicho raro. La gente se acercaba a preguntarme a todas horas y eso me puso muy triste. ¿Esta era la primera lección que yo debía aprender por mostrarme tal y como era? El mundo se me cayó encima y hasta los comentarios que se hacían de mi mochila de Hannah Montana dejaron de parecerme importantes.

Cuando todos descubrieron mi secreto, yo era una niña. En ese momento fue muy duro para mí darme cuenta de que no podía fiarme de nadie. Mi primera reacción fue intentar controlar la situación, y lo único que se me ocurrió

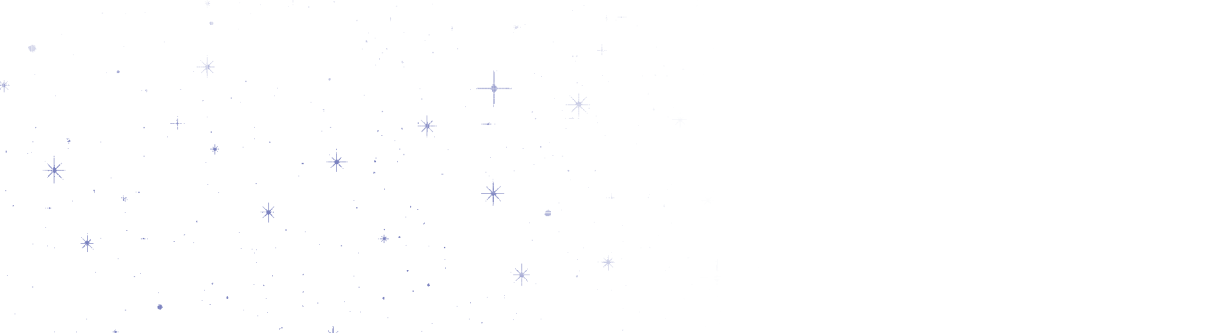
fue dar con la persona que me había delatado ante todo el colegio. Todos mis intentos fueron en vano y no logré saber quién había sido. Ya solo me quedaba lidiar de la mejor manera posible con una situación tan difícil como aquella.

Me sentía traicionada por las que se suponían que eran mis amigas. A esto hay que sumarle que me incomodaba tocar un tema del que aún no estaba preparada para hablar. Todavía faltaba mucho para eso y necesitaba informarme más para expresarme abiertamente, asimilar lo que me ocurría y empoderarme.

Para colmo, no les comenté nada a mis padres (lo hice mucho después) ni a nadie de mi familia. De hecho, gran parte de ella se estará enterando ahora de lo que me sucedió, al leer este libro.

Aunque por entonces mi experiencia en el colegio fuese mala, la cita que mi padre había concertado con la asociación me llenaba el corazón de esperanza. El miedo era mi compañero de viaje, pero no le permití que me arruinase aquella inmensa felicidad ni un solo instante.

Por fin, llegó el esperado día de la cita.



Desde el primer momento me trataron muy bien en la asociación. Allí conocí a una psicóloga con la que estuvimos hablando largo rato sobre mi vida, lo que sentía, desde cuándo, ¡de todo! Estar en aquel lugar me parecía un sueño, era una situación perfecta, hasta que ella pronunció las siguientes palabras: «Por desgracia, aún no tenemos una unidad trans que atienda a menores en Canarias».

La decepción que había sufrido en el colegio aumentó hasta el infinito con esta nueva noticia: las esperanzas que había puesto en comenzar con el proceso de transición se desvanecían. De nuevo, mi mundo se hizo pedazos. ¿No iba a poder ser yo misma hasta que fuera mayor? En ese instante, con tan solo diez años, comencé otra etapa muy dura de mi vida.

Si eres una persona trans, familia de una persona trans o alguien cercano a ti está en la misma situación que la Selena de diez años, quiero que tengas bien claro que existe un momento justo para comenzar a vivir como nos merecemos.

Ojalá alguien me hubiese explicado en su momento que no es necesario esperar a la mayoría de edad para hormonarse y operarse.

Desde ese mismo día me habrían llamado por mi nombre sentido, me habrían tratado en femenino, habría usado la ropa que me gustaba, habría sido yo misma, una persona feliz. Por desgracia, nadie me explicó que la infancia trans existe.

Por mi experiencia, creo que es muy necesario hablar con los peques y conocer su realidad, saber qué sienten y facilitarles el camino. Si no ocurre así, es más que probable que solo les espere una vida de represión e infelicidad. Todo esto lo he aprendido con el tiempo. También tengo una cosa muy clara: yo no luché por *cambiar*, solo luché por ser quien era verdaderamente.